

traordinariamente rico en giros y palabras, con estricta novedad y oportunidad en la adjetivación, jugoso, cargado de colorido, pintoresco y juguetón, que lo diferencia, destacándolo, de manera instantánea, de cualquier otro escritor chileno, ubicándolo en una cima de estatura señera.

«El libro de las fundaciones» es sin duda uno de los más bellos libros chilenos publicados en 1935.—ARTURO TRONCOSO.

PROYECCIONES DE LA INTUICIÓN.—NUEVOS ESTUDIOS SOBRE LA FILOSOFÍA BERGSONIANA, por *Enrique Molina*, Presidente de la Universidad de Concepción.—Prensas de la Universidad de Chile.—1935.

Este es el tercer libro en el que don Enrique Molina aborda el tema de la filosofía bergsoniana, «La filosofía de Bergson» y «Dos filósofos contemporáneos (Guyau-Bergson)» son los anteriores. En éste, en buena cuenta, induce de la filosofía bergsoniana conclusiones que el filósofo francés no siempre afirmó con certidumbre.

La lectura de «Proyecciones de la intuición» remoja en los recuerdos de mi vida de estudiante y mis primeros ensayos intelectuales, aunque resulta paradójico hablar de «intelectualismo» al tratar de Bergson.

En la Universidad de Lima tuvimos un mosaico de doctrinas filosóficas: lo indispensable para desorientarnos o para inducirnos a buscar nuestro propio camino. Mientras don Mariano Cornejo dictaba una sociología spenceriana, plenamente mecanicista, el profesor de filosofía subjetiva se entusiasmaba con Bergson, y el de metafísica sentía pasión por Dreishcke y se entusiasmaba con Boutroux.

El introductor oficial del bergsonismo en San Marcos fué don Javier Prado, entonces decano de la Facultad de Letras y, luego, le sucedió don Alejandro Deustua, en el decanato y en el bergsonismo.

Los dos mejores temperamentos filosóficos de la promoción de 1916 fueron bergsonianos, si bien uno de ellos abandonó esas playas, antes de abandonar las nuestras, las de la vida. Mariano Ibérico, profesor de estética y discípulo de Deustua, se graduó con una tesis sobre «La filosofía de Henri Bergson» que luego refundió en su libro «Una filosofía estética» (Lima, 1920, publicado con tantas erratas como sugerencias). Pedro S. Zulet, gran espíritu, analizó agudamente el mismo tema en su libro «Filosofía de lo inexpresable», y, más tarde, tendió hacia el behaviorismo, poco antes de morir.

A todos nos sedujo la intuición que simplificaba tantas cosas, y fué tradición, sin embargo, que la lectura de «Materia y memoria» provocaba hemorragias nasales en los estudiantes, así como tomamos «La evolución creadora», como un lindo folletón trascendental.

Ahora, leo las páginas de este libro de don Enrique Molina, y se me viene a las mientes las evocaciones estudiantiles, sin embargo de que Molina no es un bergsoniano ortodoxo. En más de un punto discrepa si bien coincide en el esencial, cuando, llegado al tema del espíritu y de la libertad, y la religión, afirma que «la inmortalidad del alma tendrá siempre que ser una creencia». No olvidemos que Bergson acaba de convertirse al catolicismo, por medio de una evolución tal vez menos *creadora* de lo que fué la que imaginó para su génesis intuitivo y antimosaísta.

Molina sintetiza lo que Bergson dejó casi siempre pendiente, o sea el plan general de una filosofía. Generalmente se enrostró a la «filosofía» bergsoniana su falta de una moral, una psicología, una lógica, una ontología. Se decía de ella que era meramente metafísica. Y acaso por eso mismo ha sido tan claro encontrar los fundamentos de una filosofía entera en el pensamiento bergsoniano. De meros ensayos psicológicos no se construye una filosofía, pero de una metafísica suelen derivar consecuencias múltiples. El caso de Freud es aleccionador al respecto.

Aceptada la tesis de la intuición—para vulgarizar su sentido, Molina habla también de la «tinca» o el «pálpito»—fluyen de ella las premisas esenciales de toda filosofía. Situado, por ejemplo, ante el mundo, Bergson, de acuerdo con la intuición—que no es un descubrimiento suyo, sino que tiene vieja raigambre, como Molina lo reseña para que el lector desprevenido en materias filosóficas no caiga en yerro simplista—no admite el finalismo ni el mecanismo. Su comentador acepta la negación de un finalismo, pero objeta la negativa de todo mecanismo. Si no hay fin preconcebido, bueno; pero que no haya plan, eso es cosa diversa. «Este grandioso proceso no deja de estar sujeto a leyes y el mecanismo no es en substancia otra cosa que el postulado que supone encadenamientos incalculables de coexistencia de causas y de efectos», escribe Molina. Lo interesante es encontrar la ley de tal encadenamiento, En ello chocan los métodos lógicos y trascienden o derivan a un plan diverso, que no siempre permanece dentro de los linderos estrictamente filosóficos, sino que se encamina hacia las interpretaciones sociales, cuya base tiene que ser forzosamente filosófica.

Los capítulos sobre el espíritu y la libertad nos conducen a través de la filosofía bergsoniana, dando rumbo a sus pensamientos básicos sobre las relaciones entre la conciencia y el cerebro, entre la intuición y la inteligencia, etc. De acuerdo con ello, al referirse a la moral, advierte Molina que la moral cerrada es para Bergson, una moral social, mientras que la moral abierta es una moral humana.

Pero, si toda la exposición, clara y neta de Molina es instructiva, ahí donde se muestra mejor es en el capítulo sobre la religión.

Bergson identifica misticismo y religión hasta cierto punto y en sólo un concepto: en el de la «religión dinámica». Continuando en su análisis, resulta que el místico llega al conocimiento de Dios, sólo por un esfuerzo de penetración, que es intuitivo. La intuición—sustento de la filosofía bergsoniana—se

verifica plenamente, *libremente*, en el místico; de donde misticismo y filosofía casi se confunden.

Molina observa: «Este salto del misticismo a la filosofía nos parece algo aventurado. El filósofo entraría a afirmar nada menos que la existencia de Dios como persona y como creador, fundándose en lo que observa en sí mismo cuando escribe».

Exacta la observación de Molina, pero Bergson necesitaba de aquella identificación para concluir en que su «elan vital» tenido por hereje hace algunos años, era nada menos que «Dios». Un juego de palabras y de conceptos ha vuelto blanco lo negro, ortodoxo lo heterodoxo, católico lo herético. Y así, pues, el «elan vital» es Dios y la intuición identifica el misticismo con la religión, nada tiene de extraño que Bergson se haya dado cuenta de que podía cantar en voz alta su palinodia metafísica, ingresar con olivo y traje blanco en la venerable cofradía de los filósofos ortodoxamente católicos.

Sólo que habrá que conciliar algunas afirmaciones de sus libros con su fe, y autoerigir un «Index expurgatorum» o una congregación de Padres de la Iglesia para coordinar sus pensamientos de ayer con su fe de hoy.

Don Enrique Molina termina su libro con un llamado espiritualista y una profesión de fe en las infinitas facultades de progreso del hombre. También creemos en ellas, pero no sólo por virtud o mandato escueto del espíritu, sino como resultado de una conflagración de factores, en la que los ingredientes materiales pierden su carácter segundón y deleznable—que reciben a menudo de los filósofos—para adquirir una beligerancia condicionante que nadie puede dejar de tener en cuenta.

Pero ya esto plantea otro problema y sale del comentario a este libro claro, pedagógico, de estilo sencillo y terso y, por consiguiente, instructivo y bello.—L. A. S.